

«La muerte de Don Quijote»

Nacionalismos periféricos,
Cervantes y el *Quijote*

Jesús Pérez-Magallón

Índice

Introducción	II
Historias, nación, nacionalismo, identidad	12
Un breve excursio sobre <i>la raza</i>	28
El legado y la tradición: conmemoraciones y memoria	35
I. La conmemoración del <i>Quijote</i> , a sus trescientos años	57
No todos contentos, no todos de acuerdo	60
La «gente vieja» y Cervantes	71
La «gente joven» frente al <i>Quijote</i> y su autor	99
II. Galleguismo y quijotismo: a propósito del tricentenario del <i>Quijote</i>	119
Acercamiento al nacionalismo gallego: contexto y problemas	120
Galicia en el tricentenario del <i>Quijote</i>	131
La lengua gallega y el galleguismo	137
Cuestiones de la raza gallega, fuera del celtismo	141
Las miradas no galleguistas	146
A Coruña y más allá	150
Para acabar	163
III. Euskadi y Cervantes en el tricentenario del <i>Quijote</i>	165
Nacionalismo euskara	165
Sabino Arana y la invención de la nación y el nacionalismo euskara	167
Arturo Campión y el nacionalismo lingüístico y cultural	179
Cervantes en Euskadi en tiempos del tricentenario	183
La Academia Cervántica y el tricentenario	191
El centenario, ¿huellas, señales?	195

IV. «La mort de <i>don Quijote</i> »: Cataluña y el tricentenario	202
<i>Renaixença</i> , catalanismo político y nacionalismo catalán	206
Algunas calas en el nacionalismo catalán	211
Cataluña y el centenario	240
La mirada catalanista a la celebración, el <i>Quijote</i> y Cervantes	246
Intervenciones no catalanistas en la Cataluña del tricentenario del <i>Quijote</i>	262
V. Conclusiones	270
VI. Bibliografía	272

Introducción

Cuando publiqué *Cervantes, monumento de la nación* (2015), la pregunta que ese título suscitaba desde ciertas sensibilidades era muy clara, y en algunas ocasiones se me formuló públicamente: ¿de qué nación está hablando? La respuesta espontánea en algunos territorios y en algunos ambientes sería automática: España, claro. Sin embargo, esa contestación no hubiera sido aceptada ni aceptable en otros territorios y otros ambientes, los de las varias naciones que constituyen el Estado español, los que alimentan un sentimiento de diferencia con sueños de alcanzar un objetivo histórico. ¿Es casualidad que el toponímico mismo de la nación –español, españoles/as– sea, como argumentó sagazmente Américo Castro siguiendo la demostración de Paul Aebischer en 1948, una palabra extranjera, originada en Provenza e introducida en la península a fines del siglo XIII y generalizada por razones religiosas vinculadas al camino de Santiago (Castro 1970, 79)? Es posible, pero la voz que iba a identificar a la nación, precisamente por su origen, permite imaginar una visión en la que la diversidad obvia, ostensible, se subsume en la palabra única que sintetiza esa diversidad. Félix Duque reflexionaba no sin cierta ironía hace unos años sobre «España, la nación que no existe» (2014). En ese trabajo Duque volvía a visitar algunas de las aportaciones que realizó el siglo XX, en forma de dudas e incertezas, sí, pero también en la de intentos ambiciosos de desentrañar «el enigma histórico de España» o descubrir a «España en su historia o la realidad histórica de España», debate entre Sánchez Albornoz y Américo Castro donde se enfrentaron dos miradas sobre la génesis de lo español (Morales Moya 2013). Y si Castro puso el énfasis en la diversidad étnica y religiosa de sus comunidades fundadoras, en sus tensiones, conflictos y enfrentamientos brutales, ambos, sin embargo, pensaron

España en términos de una sola nación española. No creo necesario aclarar que el punto crucial aquí es la visión que se tiene del país en que se vive, de su historia y de sus componentes, también de su constitución. Carme Riera afirmaba que «la interpretación catalana del *Quijote* tiene mucho que ver con el debate Cataluña-España [...] La cultura catalana solo podía consolidarse dando la espalda a la cultura española» (2005, 35-36), idea esta última formulada por Vicente Cacho Viu, quien había escrito: «la modernización de Cataluña pasaba, tácticamente, por la ruptura con el centralismo cultural de Madrid» (1998, 62). Y esas palabras, en cierta medida, se pueden aplicar a la relación de las varias nacionalidades históricas con Cervantes y el *Quijote*. También se puede añadir una pregunta importante: ¿por qué y desde cuándo esas nacionalidades sienten que ya no es viable la convivencia con las demás bajo la hegemonía del centro castellano y castellanohablante en el marco de una constitución determinada, que en este caso es la de la Restauración? Pero a esta pregunta esperamos responder, dentro de nuestros límites, en los capítulos siguientes.

Lo cierto es que en el momento en que de hecho se cerraba nuestra investigación, la erección de la estatua de Cervantes en 1835 como conmemoración que conseguía unificar las diversas corrientes políticas y de pensamiento en torno a un reconocido icono y monumento de la nación (y no, como suponen algunos, alrededor de 1898), las conciencias nacionales no estatales no habían dado señales visibles de vida —sí las conciencias culturales diferenciales—, y, por tanto, se podía afirmar sin miedo a engañarse ni a equivocarse que Cervantes se había convertido en monumento de *la* nación, y que en aquel momento histórico, saliendo del absolutismo de Fernando VII e iniciando la tumultuosa y accidentada construcción de nuestro Estado democrático, esa nación no era otra que España. Pero, en efecto, las cosas cambiaron en los decenios que siguieron, y eso trataremos de verlo en los capítulos que siguen.

HISTORIAS, NACIÓN, NACIONALISMO, IDENTIDAD

La narrativización del pasado, el relato de la historia, equivale a la invención de la nación —«Nation is narration» (Berger 2008, 1)—, porque escribir historias —en la historiografía o en la ficción histórica— es escribir nación (Berger y Lorenz 2006; Archilés 2013, 99-100). Podemos afirmar, con Rumina Sethi (1999), que las versiones de la historia —todas las versiones— son narrativas de las ideologías de la nación y, por tanto, del nacionalismo (Molina Aparicio 2017). La práctica de escribir las historias de las naciones modernas, incluidas las literarias, surge en Europa en el siglo XVIII (Colebrook 1997, 5), aunque esas historias serían impensables e

imposibles sin las aportaciones de personas dedicadas a la historiografía en los siglos anteriores, y se relaciona con el deseo propio del siglo de crear una conciencia nacional, una práctica «grandemente vinculada a un sentido de nacionalidad y a una percepción del destino o historia específica de cada nación» (Colebrook 1997, 9). Y, siguiendo ese hilo, ya el título del libro de Anne McClintock (1995) adelantaba que el discurso de la nación está marcado por el género, la sexualidad y la raza, realidad indiscutible en el contexto colonial. Pero en el caso español, como en el de toda Europa occidental, el discurso de la nación es –implícita o explícitamente– el del género y la sexualidad *masculinista* y heteronormativa, el de la clase media o alta, el de la religión cristiana y el de la raza blanca. El siglo XVIII es precisamente el momento de la historia europea en que empieza a articularse la noción de identidad nacional y en el que se efectúan esfuerzos por conformar el concepto de un carácter nacional diferente para cada país (Anderson 1991, 4; Smith 1991, 44, 85; Fusi 2000, 123). Dicho intento acompaña la competencia y rivalidad por el poder hegemónico en Europa entre varias potencias (Smith 1991, 86) –los imperios inglés, francés y español, junto a algunos poderes emergentes como la Prusia que desembocará en la Alemania moderna–. En España la necesidad de autodefinirse en términos de la identidad nacional se agravó por la pérdida de la posición dominante y la crisis abierta con la guerra –civil e internacional– de Sucesión: «El problema de la caracterización general del “español” comienza a complicarse más cuando se notan ya los síntomas de la decadencia política» (Caro Baroja 1970, 86).

Promover y reforzar el sentimiento de pertenecer a una colectividad que se supone comparte las mismas metas y los mismos ideales –es decir, el programa de acción de todos los nacionalismos– permite a las clases dominantes llegar a dirigir el país según las estrategias que ella misma determina e impone, y que están condicionadas por sus intereses de clase, y no por ningún ideal de felicidad o utilidad pública, metáforas que enmascaran los dos objetivos clave de esas clases: el poder y la acumulación de riqueza. De esa manera, todo el país –con sus diversidades– se convierte imaginariamente en una sola comunidad estructurada en torno a ideas que, según se supone, son compartidas necesariamente por todos los que pertenecen a la nación. Inspirándose en un pasado glorioso que se exalta y se mitifica según los objetivos del o de los intelectual(es) orgánico(s) que articula(n) esa visión del pasado, la nación puede trascender los problemas que existen en el presente y configurar legendariamente el futuro que se desea: «La nación se convierte en un grupo movido por la fe de cumplir su destino, capaz de superar obstáculos y dificultades» (Smith 1991, 17). Y a este respecto Fusi ha escrito, refiriéndose a España, que en el siglo XVIII: «el sentimiento de nación [...] era, pues, evidente, palmario. España había terminado por articularse como nación. El sentimiento